

Mas hoy... Fuera del amor al bienestar y al lujo, nada se vé en las neग्रuras del abismo a donde nos conduce ese sentido material y egoista y si alguna vez brilla la luz de ese otro amor sublime tratando noblemente de iluminar las tinieblas, inmediatamente el soplo arrollador, la coacción del patrioter—en mayoría por desgracia—apaga en germen el aliento vivificador. Por eso, merecen el título de malos patriotas, *accionistas del patriotismo* según la feliz frase de Unamuno, aquellos que teniendo en sus labios constantemente el sagrado nombre de la Patria, no solo no lo tienen en el corazón, sino que lo deshonran escudándose tras él, para que les sirva de fórmula para explotar al país; porque, es muy fácil amar a la Patria cuando nos proporciona honores y satisfacciones, cuando protege nuestros intereses, cuando bien por debilidad bien por coacción no nos exige las responsabilidades de nuestras obligaciones, en una palabra, cuando hacemos nuestra soberana voluntad y satisfacemos nuestros caprichos, aun cuando estos vayan dirigidos contra todo derecho y contra toda justicia; pero cuando sucede todo lo contrario, cuando nos pide el sacrificio de comodidades, cuando nos pide oro, sudores, privaciones y aún la vida; cuando lejos de pedirla, no ya favores, sino justicia y a nuestra petición solo contesta exigiéndonos silencio, entonces el patriotismo no solo es difícil sino que es meritório, es heroico y yo llamo héroes a los que se sacrifican a sí mismos por salvar a los demás y no a aquellos otros que sacrifican a los demás en provecho propio.

Un acabado ejemplo de patriotismo, es el heroico sacrificio que Garibaldi, el caudillo de la unidad italiana, proponía a los suyos, diciéndoles al marchar sobre Venecia «Soldados: he aquí lo que ofrezco a los que quieren seguirme: hambre, frío, sed. No habrá pan, ni alojamientos, ni municiones, pero sí vigilia continuas, batallas, marchas forzadas y ataques a la bayoneta. El que ame a la Patria que me siga» por que en él resplandece con toda su intensidad esa fé, esa espiritualidad que antes apuntaba.

¿Existe en España ese estado de creencia tan necesario para que el concepto de Patria esté grabado en las almas? Si pensais un momento, puesta la mano noblemente en el corazón, reconocereis con la misma tristeza que yo, que si bien ese sentimiento se manifiesta en estos días, no es menos cierto que lo hace con escasa potencia y solo movido por un deseo: vengar a los que en el Rif cayeron por culpas, desmayos, egoismos o ignorancias que nadie se atreve depurar con la patriótica energía que debiera, ya que el régimen del silencio impera en nuestro desgraciado país, mucho mas desgraciado todavía porque no hay quien se avergüence de tal estado de cosas y sea capaz de intentar el menor esfuerzo para remediarlas.

La causa de esta atonía es fácil encontrarla; es falta de carácter y el caracter tiene por sólidos cimientos a la voluntad y al saber, es decir, que esa causa no es otra, que lo que el ilustre sabio Ramón y Cajal llama *enquistamiento espiritual*; oíde «España es un país atrasado, no de-

cadente, ya que el poderío militar y político y la prosperidad intelectual e industrial son cosas solidarias, como ramas brotadas del mismo tronco cultural.» Y más adelante «Este factor decisivo de nuestro retardo cultural no es otro el que el *enquistamiento espiritual* de la Península. A la manera de un tumor, el talento hispano desarrollóse—vicioso y unilateralmente, nutrióse exclusivamente de la savia nacional. La frase «Santiago, cierra España» citada muy oportunamente por Bunge, no fué solo el grito de combate de nuestros guerreros, sino la divisa de nuestros sabios».

Consecuencia de esa falta de carácter, de esa falta de voluntad y cultura son esos males que aquejan al país, esas desdichas desorganizadoras que se manifiestan también en nuestro Ejército, ya que las instituciones, no siendo causas sino efectos no pueden encerrar por sí mismas ninguna virtud, solo reflejan las del espíritu del pueblo que las nutre, espíritu que en estos últimos años ha estado asentado sobre la indecisión y pasividad, pero nunca en la reflexión, a lo sumo en *audacias inconscientes* fuente de desastres, que si bien es verdad que dan origen a gloriosos sacrificios, no es menos cierto que resultan estériles ¡Es el triste destino de nuestra Patria! Proclamamos y nos envanecemos con las heroicas hecatombes de Numancia y Sagunto; nuestros famosos Tercios murieron abnegadamente en Rocroy, pero... murieron; Trafalgar, Zaragoza, Girona, Santiago, Cavite, Igueriben, Nador, Zeluan, Monte Arruit.... Marcan un ciclo de gloriosos heroísmos, rayanos algunos en lo sublime, pero... *desgraciado*. Hora es ya que cambiemos de modo de ser; hora es ya de que aspiremos a la gloria con el triunfo, de que afirmemos nuestro carácter y ésto solo se consigue—repito—con voluntad y saber, con educación e instrucción, porque solo el trabajo, solo la cultura es el freno del vicio y el aliento purificador de los sentimientos.

Trabajemos, pues, entremos siquiera una vez en razón, no vaya a ser que como el Ingenioso Hidalgo, nos acordemos a la hora de la muerte.

Perdonadme estas amargas líneas, pero he sufrido tanto por la sinceridad y por la realidad de mis sentimientos—los hechos lo proclaman—que solo amargas cosas puede reflejar, quien ha dejado en el camino una parte de vitalidad y salud que podía emplear en estos instantes en el mejor servicio de nuestra Patria.

MIGUEL MARTÍN NARANJO.

Ex-Teniente

Alumno de la Escuela Superior de Guerra.

Madrid Septiembre de 1921.

Carreras Especiales y Facultativas

PREPARACIÓN-A CARGO DE INGENIEROS CIVILES, DRES. Y LDOS. EN CIENCIAS Y LETRAS.

OPOSICIONES A LOS CUERPOS DE CORREOS Y TELÉGRAFOS
SE DÁN LAS CLASES POR SERES. OFICIALES